

EROS Y TANATOS, UNA TENSION INEVITABLE

BRASS, Ana Lucía

Instituto Glaux, Capital Federal

Profesor guía: MARQUEZ, Mariana

El hombre a lo largo de su evolución ha ido teniendo diversas necesidades, lo que lo ha llevado a una constante generación de nuevas invenciones y/o descubrimientos para mejorar su calidad de vida. La ciencia como creación del hombre ha sido usada y modificada con ese objeto. Además de sus ventajas manifiestas, las aplicaciones de los avances científicos y el desarrollo y la expansión de la actividad de los seres humanos han provocado también la degradación del medio ambiente y catástrofes tecnológicas, y han contribuido al desequilibrio social o la exclusión. Un ejemplo: el progreso científico ha posibilitado la fabricación de armas muy perfeccionadas.

Pero entonces ¿Por qué el hombre hace uso en muchos casos de la ciencia y la tecnología para fines destructivos? ¿Cómo podemos explicarlo? He aquí este problema complejo que puede abordarse desde diferentes perspectivas. En el presente trabajo me centraré en las características de la estructura psíquica del hombre, la cual está compuesta por “su lado bueno” y “su lado malo” que conviven en permanente tensión dando como resultado consecuencias, tanto positivas como negativas, a partir de un mismo hecho. Es importante señalar la influencia de las diferentes culturas que ha desarrollado el hombre, ya que este es un ser social y en permanente interacción con su medio socio-cultural. Desde las culturas más primitivas hasta las más complejas, definen necesidades y llevan al hombre a tomar decisiones frente a ellas. Es así como el hombre utiliza la ciencia y, si posee, la tecnología para fines que va encontrando necesarios y/o más convenientes. La historia de la civilización está marcada por la historia de sus grandes guerras, lo que nos lleva a reflexionar sobre si el hombre ha evolucionado o involucionado, por cuanto tan altos han sido sus logros en los campos de la ciencia y de la técnica como en el campo de la destrucción.

Fue Empédocles de Agrigento, filósofo griego (siglo V a.C.), quien habló de los dos principios básicos, que luego tomará Freud, **AMOR** y **DISCORDIA**, es decir **EROS** y **TANATOS**. Eros tiende a unir, Tánatos a deshacer y separar. Esta fantasía cósmica fue trabajada por el creador del Psicoanálisis como una forma de explicar la naturaleza de lo humano.

Según el Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche y Pontalis, Freud define el término **pulsión** como un proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de movilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Una pulsión tiene su fuente de excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión y gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin.

En la teoría de las pulsiones, expresada en la obra de Freud “El Malestar en la Cultura” adjudica al hombre una inherente “...pulsión de odiar y aniquilar...” en la complejidad de su constitución instintiva, y afirma que “la tendencia agresiva es una disposición instintiva innata y autónoma del ser humano [...] que constituye el mayor obstáculo con que tropieza la cultura.”

Freud tomó de la mitología griega el nombre Eros para designar a las pulsiones de vida, dada su base sexual, hacia lo erótico recuperando el mito del amor.

Asimismo designó como pulsión destructiva a las que tienen como fin la destrucción del objeto. Estas operan fundamentalmente en silencio y no pueden reconocerse más que cuando actúan en el exterior. En el desarrollo libidinal¹ del individuo, Freud describió el juego combinado de la pulsión de vida y la pulsión de muerte.

En la pulsión de muerte, este autor, ve la pulsión por excelencia. Eros representaría un principio de cohesión consistente en crear unidades cada vez mayores y mantenerlas: es la ligazón; el fin de Tánatos es por el contrario, disolver los conjuntos y, de este modo destruir las cosas.

El concepto de ambivalencia afectiva se refiere a la presencia simultánea en relación a un mismo objeto de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio. La oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte se situaría aun más claramente en las raíces de lo que llamamos dualismo pulsional. Cabe señalar que según Freud que “la esencia más profunda del hombre consiste en impulsos instintivos iguales en todos y tendentes a la satisfacción de ciertas necesidades primitivas. Estos impulsos instintivos no son en sí ni buenos ni malos”², sino que se van transformando en el camino evolutivo hasta mostrarse eficientes en el adulto. Dicha transformación responde tanto a factores internos y externos. Los primeros por la necesidad de amor y aceptación y el externo es la educación que representa las exigencias de la civilización.

Si planteamos el tema de la constitución de cada individuo desde la teoría freudiana del dualismo pulsional, es también para poder dar cuenta de lo que ocurre a nivel de los grupos, las comunidades y los estados nacionales, donde se reproduce de alguna manera estas particularidades de lo humano. El odio y la destructividad dependen de la pulsión de muerte y de que ésta es inseparable de la pulsión de vida. La cultura se construye, en lo esencial, a expensas de la pulsión de vida. Por consiguiente, se rompen las ligazones que permiten un cierto control de la agresividad, ya que la pulsión de muerte es mucho menos dócil que Eros. Así, Tánatos tiene dos caminos: o la autodestrucción del individuo o de la comunidad, o la exteriorización como pulsión de destrucción dirigida hacia el exterior, sea la sociedad en el caso del individuo, sea el estado enemigo en el caso de las naciones.

Freud pone sus esperanzas en el proceso de desarrollo de la cultura, lo cual queda expresado en la siguiente frase “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra”³ pero esta afirmación debería ser tomada con mucha precaución ya que desde épocas remotas se desenvuelve en la humanidad el proceso del desarrollo de la cultura, que otros prefieren llamarla «civilización». A este proceso debemos lo mejor que hemos llegado a ser y una buena parte de aquello a raíz de lo cual sufrimos. Sus comienzos son oscuros, su desenlace incierto.

Lo cierto es que la tesis freudiana de la violencia como innata, debe siempre tomarse en relación con las sucesivas formas históricas que adopta. En el presente el fenómeno más reciente que se designa como **globalización** da como resultado la creciente desaparición de los límites y fronteras que garantizaban la identidad, así como la ruptura, también creciente, de las posibilidades de identificación y cohesión en los grupos/naciones, etc.

Mi objetivo es dar algunos elementos para la comprensión del fenómeno planteado, desde la perspectiva más individual. Esto no excluye los otros motivos que puede explicar la utilización de la ciencia para fines destructivos, como por ejemplo la guerra: motivos económicos y políticos. Al contrario, se trata de motivos complementarios.

¹ En el Diccionario de Laplanche y Pontalis se define a la libido como el sustrato de las transformaciones de la pulsión sexual. En latín significa deseo, ganas.

² “Consideraciones de la Actualidad sobre la Guerra y la Muerte”, S. Freud (1915)

³ “El porque de la Guerra”, S. Freud (1932)

Es importante remarcar que la ciencia genera conocimientos (de hecho, ninguna otra forma de relación del hombre con la naturaleza produce los mismos resultados) pero no hay absolutamente *nada* en la ciencia que especifique o restrinja el uso que podemos darle a esos conocimientos. Es más, la ciencia no obliga a ningún tipo de decisión: es éticamente neutra. Toda la “culpabilidad” recae sobre el hombre e incumbe a los científicos, que junto a otros importantes agentes, deben tomar la responsabilidad especial de evitar las aplicaciones de la ciencia que son éticamente erróneas o que tienen consecuencias negativas.

En el aparato psíquico del hombre conviven la pulsión de vida y la pulsión de muerte (Eros y Tánatos respectivamente). Eros tiende a unir, a hacer unidades cada vez mayores, mientras que Tánatos, tiende a deshacer esas unidades y trata de llevar lo orgánico al estado inorgánico. Fue Freud quien desarrolló esta teoría y es desde ese marco teórico que he planteado una de las respuestas posibles al problema enunciado. La Ciencia, como una producción privilegiada de la creatividad humana, no escapa a los destinos de todo lo realizado por el hombre, que en su esencia un ser capaz de generar las cosas más maravillosas y al mismo tiempo el autor de las mayores atrocidades. Para concluir me es necesario afirmar: que no solo es inevitable que la ciencia siga su camino de evolución, sino que en muchos casos es muy bueno que así sea, por ej. en el descubrimiento de medicinas para las enfermedades hasta hoy incurables. Asimismo el hombre seguirá haciendo mal uso de ella en algunos casos, ya que en sus decisiones no influyen solo la cultura, la sociedad y su bienestar, sino también sus pulsiones que son inconscientes. Esto puede aplicarse en todos los sentidos, no solo en la ciencia. Finalmente quiero citar una frase que sintetiza de manera sencilla lo investigado: "La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es solo una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirlo, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo." (Sigmund Freud. "El malestar en la cultura").

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, Sigmund. Obras completas I. Madrid, España. Biblioteca nueva. 1973.
- Obras completas II. Madrid, España. Biblioteca nueva. 1973.
- Obras completas III. Madrid, España. Biblioteca nueva. 1973.
- LAPLANCHE, J. y otros. Diccionario del psicoanálisis. Barcelona, España. Labor. 1981.